

**AGENDA CIUDADANA**  
**UN NACIONALISMO PROBLEMÁTICO**  
**Lorenzo Meyer**

**Una Peculiaridad Inquietante.**- Precedida de su fama de representante de la derecha dura, hoy llega a México en “visita de cortesía” la secretaria de Estado norteamericana Condoleezza Rice. Hace un par de días, su jefe, el presidente George Bush, reafirmó con vehemencia en la National Defense University, la legitimidad de su decisión de llevar la lucha contra el terrorismo y en defensa de la libertad a los cuatro puntos cardinales del planeta: “Atacaremos al enemigo, levantaremos la sombra del miedo y encabezaremos hacia la victoria a las naciones libres”. Y en el intenso proceso de justificar la intervención norteamericana en Irak, Bush sostuvo una tesis que, o es falsa o Washington simplemente la ignoró en el caso de México durante los 71 años en que el PRI monopolizó el poder: que las democracias deben combatir a los sistemas autoritarios porque sus políticas propician directa o indirectamente la inestabilidad en el sistema internacional. Desde el acuerdo Calles-Morrow y hasta el año 2000, Washington apoyó sin falta al autoritarismo priísta justamente por que ese tipo de régimen propiciaba la estabilidad que Estados Unidos deseaba al sur de su frontera.

Pero dejemos a un lado esas consideraciones y usemos la coyuntura para examinar las tesis de una obra reciente que explica la política mundial norteamericana a través del cristal del nacionalismo. Dicho estudio es de un británico con experiencia en observar la realidad norteamericana: Anatol Lieven, *America Right or Wrong: An Anatomy of American Nationalism*, (Oxford University Press, 2004, 274, pp.).

¿Cuál es el elemento de cultura política nacional en que los norteamericanos se asemejan a los mexicanos? pues ¡justamente en el sentimiento nacionalista! Según una

encuesta mundial de 1999, en México el 78% dijeron sentirse orgullosos de su país y el 72% de los norteamericanos dieron la misma respuesta. Para Lieven, (pp. 19-20) esta gran visión de la nación propia es un indicador esperado en el caso de México pero inquietante en el de Estados Unidos. Al examinar al conjunto de la comunidad internacional, se observa que en el resto de los países que han alcanzado un desarrollo económico y social similar al norteamericano –los grandes países europeos, por ejemplo-- los índices de orgullo nacional son menores, pues en Gran Bretaña bajan a 53% y apenas si llegan a 35% en Francia. Otra manera de medir el fenómeno la ofrece una encuesta del 2003; a la afirmación “nuestra cultura es superior a las otras” sólo el 30% de los franceses se atrevieron dar una respuesta afirmativa pero la proporción de norteamericanos fue del doble.

Lieven encuentra natural la existencia de un alto grado de espíritu nacionalista en países como México, Filipinas o India, donde ese sentimiento ayuda a neutralizar otro de inseguridad e incluso de inferioridad, producto de las derrotas y otras experiencias negativas en su relación con las potencias imperiales que las sometieron y humillaron en el pasado. Sin embargo, en Estados Unidos ese mismo fenómeno puede ser francamente peligroso, pues es disfuncional para la política hegemónica que hoy lleva a cabo esta superpotencia. Ahí, los elementos de chauvinismo y agresividad nacionalista pueden salirse de control y llevar al sistema internacional a situaciones indeseables.

Según este autor, para encontrar en Europa una combinación de alto grado de desarrollo económico con actitudes de “nacionalismo duro” similar a las que hoy muestra Estados Unidos, hay que retroceder un siglo. Más grave aún, esa combinación de superioridad material real y la sensación de una superioridad cultural nacional, fue lo en buena medida desembocó en las dos guerras mundiales del siglo XX. Así, el tipo de

nacionalismo que hoy es el motor de la política exterior de Washington, tiene el potencial de conducirnos a todos a situaciones francamente indeseables.

Desde esta perspectiva, la baja intensidad del actual nacionalismo europeo es un buen signo, pues apunta a una asimilación positiva de las lecciones del pasado. Hoy, Europa acepta que, por encima de los supuestos “valores nacionales”, hay otros valores más importantes, que no reconocen fronteras y que son los que están permitiendo construir esa novedosa y atractiva sociedad multinacional de 25 países que es la Unión Europea, empresa que busca combinar la prosperidad material con la convivencia civilizada.

Una Polaridad que es una Seria División Interna.- Si en el actual debate político mexicano destaca y preocupan los efectos negativos de la división y la polarización social y política, resulta más preocupante, por sus consecuencias, la división y crispación que se están desarrollando dentro de Estados Unidos y que afloraron en las últimas elecciones.

En opinión de Lieven, la agudización de la polarización política y social al interior de la mayor potencia mundial es uno de los factores que influyen en la construcción de su actual y agresiva política exterior. Que Estados Unidos es un imperio mundial, es algo que puede o no gustar, pero es un hecho incontrovertible. Ahora bien, la clase de imperio que finalmente construya Estados Unidos en este inicio del siglo XXI, va a depender, en parte, del tipo de sociedad y de intereses en que esa estructura se apoye. Y aquí está el meollo del problema: Estados Unidos es una sociedad donde conviven y se contraponen dos subsistemas sociales y culturales muy distintos: uno es de lo más tradicional y el otro de lo más moderno y el rejuego entre ambos determina en alto grado la naturaleza de la actual Pax Americana.

Como señalara el psicoanalista germano-americano Erik Erikson en 1963: “todo carácter nacional está construido en torno a polaridades”. Y desde hace buen tiempo –casi

desde su origen--, a Estados Unidos se le puede interpretar como una nación construida por dos sociedades no siempre compatibles pero que están obligadas a convivir y a mantener una constante y no muy fácil interacción. Hoy una se distingue por su carácter abierto, generoso y confiado y otra por ser cerrada, dogmática, algo mezquina y muy desconfiada.

El Nacionalismo Cívico.- Los Estados Unidos de avanzada, los auténticamente revolucionarios políticos, son los que han desarrollado eso que se conoce como el “credo cívico norteamericano”, su ideología y mito político central. Y aquí el concepto de “credo” viene al caso, porque se trata de una serie de ideas y principios que los norteamericanos han tomado y asimilado a lo largo de su historia con un fervor casi religioso. Se trata de los famosos principios enunciados por los “Padres Fundadores” al final del siglo XVIII y que son la ideología política norteamericana: fe en la libertad, constitucionalismo, supremacía de la ley, democracia, individualismo, separación de la iglesia y el Estado e igualitarismo político y cultural, aunque no económico, pues la práctica de un capitalismo feroz lo impide y deslegitima. El origen de este credo político se encuentra en la Inglaterra medieval y en la de los Tudor, pero se desarrolló de manera notable al trasladarse a tierras americanas y al que, con el correr de los siglos más una feroz guerra civil, se le han agregado la tolerancia racial y la igualdad de género.

Combinando los principios ideológicos y su éxito como entidad nacional, los norteamericanos han quedado convencidos de la defensa de unos principios éticamente impecables –“Estados Unidos no tiene una ideología, sino que es en si mismo una ideología” (Richard Hofstadter). Ello, los ha convertido en un país que se siente excepcionalmente virtuoso, con una especie de misión divina que cumplir: convertir al resto del mundo a su credo, aunque se supone que se trataría de una conversión por vía del ejemplo, no de la fuerza.

Fuera de sus fronteras, el credo cívico norteamericano es, en términos generales, positivo, pero sus evidentes elementos de mesianismo, pueden fácilmente desembocar en conductas dogmáticas e imperiales, como es hoy el caso, pues todo aquel que no acepte como positiva la ideología norteamericana resulta ser, desde su punto de vista y por definición, malo o moralmente inferior. Con todo, lo hasta aquí apuntado no resulta ser el problema principal del nacionalismo norteamericano, hay otro mayor.

Antítesis.- Si incluso el lado brillante del nacionalismo norteamericano tiene su aspecto oscuro --su mesianismo imperialista— más los tiene su antítesis: las actitudes e ideas que provienen del atraso, la pobreza y la ignorancia de una buena parte de esa población, esa que realmente ha quedado excluida del “sueño norteamericano” y que hoy sobrevive en medio de crecientes inseguridades económicas y frustraciones. Se trata de una visión conservadora en extremo, anti intelectual y anti inmigrante.

El punto de partida es claro para Lieven: “el nacionalismo radical puede tener muchos padres, pero su madre es siempre la derrota, y a su leche le llamamos humillación” (p. 88). Según nuestro autor, muchos datos duros así lo confirman. Si el ingreso medio familiar creció, en promedio, 40% en los decenios de 1950 y 1960, su crecimiento promedio en los tres finales del siglo XX ha sido de apenas 7%. La riqueza no se ha distribuido con equidad sino que se ha concentrado: si en 1969 el 5% más rico de las familias norteamericanas recibía el 15.6% del ingreso disponible, para 1996 la proporción había aumentado al 20.3% y la tendencia sigue sin modificarse. Las clases medias están en aprietos y las trabajadoras aún más. La “economía moral” de Estados Unidos está amenazada, pues para muchos, un trabajo duro y honesto hoy no necesariamente asegura la “buena vida” que se suponía.

A la inseguridad económica y social se le añade otra: la inseguridad nacional. Antes de Pearl Harbor, el aislamiento continental dio a los norteamericanos, como país, un fuerte sentido de seguridad. La amenaza soviética de la Guerra Fría acabó con tal seguridad pero finalmente no desembocó en un ataque directo a su territorio. Sin embargo, los hechos del 11 de septiembre del 2001 mostraron que Estados Unidos, como cualquier otro país, ya es vulnerable a sus enemigos externos, y eso produjo un sentimiento generalizado de ansiedad.

La combinación de inseguridad económica con inseguridad territorial, ha terminado por sacar y dejar libres a muchos de los demonios que hasta hace poco se mantenían bajo control en el espíritu colectivo norteamericano. Hoy, a pesar de ser parte de una potencia sin rival, muchos en Estados Unidos se sienten amenazados por el extremismo islámico, por la migración proveniente de países racial y culturalmente distintos –véanse, por ejemplo, las tesis del profesor Samuel P. Huntington en torno al amago que los latinos representan para los valores que han hecho grande a Estados Unidos: los propios de los calvinistas que fundaron y poblaron a la Nueva Inglaterra--, por su dependencia del petróleo extranjero, etcétera. Todo esto, combinado con un sentido religioso altamente conservador, ha llevado a un número creciente de norteamericanos a buscar un supuesto retorno a las formas de vida “puras” del pasado, a temer y rechazar al mundo externo que justamente las políticas económicas y la diplomacia de Estados Unidos han contribuido a crear en el último siglo. Se trata, pues, de un nacionalismo tan agrio como agresivo y chauvinista. Datos del 2002, rebelan que el 64% de los norteamericanos se sentían a la defensiva, pues “nuestra forma de vida necesita ser protegida de la influencia extranjera” (no deja de ser irónico que los islamistas radicales aseguran lo mismo frente a la cultura norteamericana).

Al final, y como resultado del ataque del 11 de septiembre del 2001, la derecha radical norteamericana encabezada por el Partido Republicano ha logrado, por la vía del

**nacionalismo duro, el apoyo de las clases medias y trabajadoras, envueltas por su gran temor hacia el porvenir.**

**Duda.- ¿Encontrará hoy Condoleezza Rice a una clase política mexicana conciente de la problemática de la época y a la altura del desafío? Ojalá nuestros líderes se den un tiempo en medio de su lucha interna para leer a Lieven y reflexionar sobre sus tesis.**